



La clase trabajadora frente al imperialismo.

Carlos Umberto Martins

Quisiera desear un buen día a todos los compañeros y compañeras presentes. Agradezco la invitación para participar en este debate, me hace sentir muy honrado, y quiero además saludar a los integrantes de la mesa.

Las actuales concepciones sobre el imperialismo no son y tampoco podrían ser consensuales en la sociedad capitalista. El tema despierta polémicas que, en general, reflejan diferencias asociadas a los intereses contradictorios de las clases sociales, que no siempre translucen en los debates. Pretendo abordar algunos aspectos de las relaciones entre imperialismo, las clases sociales y las naciones en América Latina bajo la óptica de la teoría marxista, teniendo en cuenta especialmente las ideas del líder de la revolución soviética, V. I. Lenin, que a mi modo de ver representan el punto de vista revolucionario de la clase trabajadora sobre el asunto.

Creo que el imperialismo puede ser definido como un sistema de relaciones sociales en el ámbito internacional (en los planos económico, político, militar e ideológico) que se basa en la exploración de los pueblos y naciones más atrasados y pobres por las potencias capitalistas o, si lo prefieren, por los países más ricos y desarrollados.

El imperialismo es una fase particular del capitalismo, que maduró en el amanecer del siglo XX y sobrevive hasta nuestros días.

Es el resultado histórico concreto y necesario del proceso de acumulación, expansión, concentración y centralización del capital más allá de las fronteras nacionales, que resultó en la formación de las grandes empresas y que evolucionó hacia las modernas transnacionales.

El imperialismo es la expansión del capital desde los centros más avanzados (Europa, EUA¹ y Japón) para la periferia en Asia, América Latina y África, en un proceso prácticamente concluido durante el siglo pasado. Es el capitalismo internacionalizado o globalizado.

Es importante subrayar que la expansión imperialista del capital, que muchas veces acaba en anexiones y guerras, ocurre principalmente a través de la exportación de capitales.

El imperialismo significó la superación del capitalismo competitivo por el capitalismo monopolista, la sustitución de un capitalismo dominado por pequeñas y medianas empresas por un capitalismo liderado por grandes empresas. El imperialismo, no eliminó aun las fronteras nacionales, no acabó con la competencia entre los monopolios y las contradicciones entre las potencias. No se transformó en " imperio " o en ultra-imperialismo.

Como un producto final de la expansión del capitalismo, el imperialismo significa la progresiva eliminación de las fronteras para la exploración de la fuerza de trabajo por el capital y para la expansión de la empresa capitalista. Al expandirse, el capital no solo amplió su universo físico o territorial de exploración del trabajo por el capital. También, elevó la tasa de exploración, en vista de que el valor de los salarios pagados en la periferia del sistema es muy inferior al practicado en los centros, fenómeno que no se explica apenas por el diferencial de la productividad entre las naciones.

Podemos verificar, por consecuencia, que existe una identidad entre la exploración imperialista de las naciones y la exploración de la clase trabajadora por parte de los capitalistas. En esencia, la exploración imperialista, establecida por los monopolios y por los Estados imperialistas, es la exploración capitalista ampliada a escala mundial.

Esto no significa que la clase trabajadora sea la única clase afectada por el imperialismo, cuyos efectos oprimen a un conjunto mucho más amplio de la sociedad, incluyendo parcelas expresivas de las clases dominantes. Pero, ciertamente indica que la clase trabajadora es la principal fuerza interesada en la lucha contra la explotación imperialista.

La teoría y la experiencia históricas indican que el comportamiento de las clases sociales frente al imperialismo no es homogéneo. En general, en los países más pobres, la clase trabajadora del campo y de la ciudad manifiesta una oposición más decisiva y radical frente al imperialismo, al paso que los capitalistas de un modo general tienden a la conciliación de intereses, a los acuerdos y a la capitulación.

En América Latina esta diferencia de comportamiento político se traduce claramente en el posicionamiento de las clases sociales frente al neoliberalismo. El neoliberalismo es una política concebida para satisfacer los intereses del capital financiero internacional, empaquetada en una ideología falsa, que tuvo y en general tiene dos principales consecuencias: ampliar la explotación de las naciones más pobres por parte de las potencias capitalistas y eleva o busca elevar la tasa de explotación de la fuerza de trabajo en todo el mundo, inclusive en Europa, en Estados Unidos y en Japón.

Quien actúa en el movimiento sindical conoce bien el carácter reaccionario y el alcance de la ofensiva del capital contra el trabajo mezclado en las políticas neoliberales. Por esta razón, entre otras, el comportamiento de la clase trabajadora en relación al neoliberalismo en América Latina (de las organizaciones sociales asociadas a los intereses del trabajo) fue de combate y creciente resistencia, a pesar de las divergencias y de la acción de la derecha neoliberal en los llamados movimientos sociales.

La conducta de las burguesías nacionales no fue la misma. El imperialismo ejerce su dominio en alianza con fuerzas locales. Las burguesías nacionales de la periferia suelen asociar sus intereses y su destino a los del capital financiero internacional. Así, el neoliberalismo se tornó hegemónico y fue aplicado por intermedio de una alianza política del imperialismo, en especial EUA, con las clases dominantes locales.

Tal alianza fue encarnada y personificada en figuras como Augusto Pinochet en Chile, Carlos Menem en Argentina, Carlos Andrés Pérez en Venezuela o Fernando Henrique Cardoso en Brasil. Todos esos líderes de derecha neoliberal practicaron una política de sometimiento a EUA, al FMI² y al Banco Mundial, privatizando, liberalizando y

desnacionalizando la economía, así como emprendiendo una dura ofensiva contra las conquistas y los derechos alcanzados por la clase trabajadora a lo largo de más de un siglo de luchas.

Los intereses entre el imperialismo y las burguesías locales convergen precisamente en el objetivo común de depreciaar la fuerza del trabajo; reducir el valor de los salarios y las jubilaciones; contratos precarios; redimensionar la acción del Estado, con políticas publicas, incluyendo la política económica, orientadas en el sentido de satisfacer lo intereses de una oligarquía financiera, nacional y extranjera, en detrimento de los intereses populares y nacionales.

El neoliberalismo reforzó los lazos de dominación imperialista, agravando los problemas económicos y sociales decurrentes de la crisis de la deuda externa, provocada en 1882 por la moratoria mexicana. Sus efectos nefastos despertaron el levantamiento de los pueblos, lo que se desdobra en cambios positivos y promisorios en el escenario político de nuestra América Latina.

El entrelazado de la cuestión nacional, que se traduce en la necesidad de encontrar un camino soberano para el desarrollo de los países periféricos, con la lucha de la clase trabajadora contra la exploración capitalista quedo en evidencia con la revolución bolivariana liderada por Hugo Chávez en Venezuela. Cuando fue elegido presidente por primera vez, en 1988, Chávez todavía no hablaba de socialismo del siglo XXI ni tampoco se decía anticapitalista.

Combatía el neoliberalismo y tenía por objetivo un proyecto alternativo, sin delinear completamente, sin embargo soberano ante las potencias capitalistas y que buscaba satisfacer intereses populares tratados con negligencia y violentados por las elites burguesas y los latifundistas de Venezuela a lo largo de los siglos.

Al intentar llevar adelante su programa de gobierno, el cual contemplaba la reforma agraria y otras banderas populares, el presidente Chávez se encontró con una feroz reacción de la derecha y del imperialismo, que culminó en el golpe de 2002 y, en el mismo año, en una prolongada paralización de la industria petrolera que colocó en jaque la producción y distribución de energía en el país.

La conducta de las fuerzas reaccionarias incrementó la lucha de clases y Hugo Chávez parece haber percibido que no podría avanzar en la dirección de un proyecto de desarrollo soberano, alternativo al neoliberalismo, sin antes vencer la resistencia enérgica y radical de los grandes capitalistas y latifundistas, asociados a EUA, al cambio del *status quo*.

De ahí la radicalización de la revolución bolivariana, que pasa a adquirir un carácter proletario aun más pronunciado y proclama el objetivo más avanzado y osado de nuestra época: el socialismo del siglo XXI, rescatando una perspectiva que muchos consideraban definitivamente perdida, inclusive en los espacios de izquierda. El socialismo, por definición, es el sistema social fundado en los intereses de la clase trabajadora en oposición al capitalismo, que es el sistema impuesto y usufructuado por los capitalistas.

No es por mera casualidad que, de una forma u otra, los líderes políticos progresistas que fueron elegidos en los países latinoamericanos muestran una historia personal vinculada, de un modo u otro, a la lucha de la clase trabajadora, siendo algunos oriundos directamente del movimiento sindical, como es el caso de Lula en Brasil o Evo Morales en Bolivia.

La clase trabajadora es, hoy en día, la principal fuerza sindical interesada y comprometida en la conquista de una efectiva soberanía económica y política para las naciones latinoamericanas, en la lucha por el desarrollo con justicia social, por la cancelación de las deudas externas de los países más pobres, contra las privatizaciones, contra la degradación social y ambiental.

Teniendo en cuenta la identidad entre los intereses de la clase trabajadora y los intereses nacionales de los pueblos que habitan nuestra América Latina podemos imaginar el papel prominente que el movimiento sindical puede y debe desempeñar en la lucha por cambios sociales. Una lucha que hoy cuenta, en algunos países, en mayor o menor grado, con apoyo gubernamental. Creo que no sería correcto decir que la lucha de clases y la lucha nacional alcanzaron, por aquí, un nuevo nivel.

El fracaso político del neoliberalismo coloca a la orden del día la necesidad de elaborar e implementar nuevas estrategias y modelos de desarrollo nacional. La clase trabajadora y los sindicatos no pueden quedar ajenos al debate sobre los nuevos rumbos que deben ser abiertos, no están ajenos de la cuestión del desarrollo nacional, que naturalmente tiene sus particularidades locales.

El modelo neoliberal de desarrollo, que en verdad fue una negación en términos de desarrollo, tuvo como uno de sus principales fundamentos la depreciación de la fuerza de trabajo. En oposición a esta orientación reaccionaria, el movimiento sindical debe levantar la bandera del desarrollo nacional como soberanía y valorización del trabajo.

Al contrario del pensamiento neoliberal, la valorización del trabajo no debe ser concebida apenas como un objetivo, mas de igual modo como una fuente de desarrollo, un estímulo al crecimiento de las fuerzas productivas a través del fortalecimiento de los mercados internos, así como la elevación de la calidad y la productividad del trabajo. Los intereses de la clase trabajadora y de los pueblos no se oponen al desarrollo nacional de los países más pobres.

Las banderas del trabajo deben ser levantadas como banderas del desarrollo con soberanía, igualdad y justicia. La reducción de la jornada de trabajo sin reducción de los salarios, por ejemplo, además de reducir el nivel de desempleo tiende a aumentar la masa salarial, fortalecer el mercado interno y elevar la calidad y la productividad del trabajo. Sus efectos favorecen el crecimiento de las fuerzas productivas y no por el contrario, como suponen los patrones y los ideólogos burgueses.

Parece evidente que la evolución de las naciones latinoamericanas en dirección a nuevos modelos de desarrollo, alternativos al neoliberalismo y en oposición al imperialismo, comprende en primer plano la lucha contra el ALCA³ y los planes de EUA para el continente americano, destacando para los acuerdos bilaterales de libre comercio.

Las organizaciones ligadas a la clase trabajadora estuvieron siempre en la línea de frente en las batallas contra el ALCA y los TLCs⁴ y también han respaldado las iniciativas de los gobiernos progresistas que buscan una integración política y económica de los países latinoamericanos fuera de esta esfera de influencia de Washington, incluyendo el ALBA⁵ y el MERCOSUR⁶.

Es preciso ir un poco más allá, inclusive porque tales iniciativas no están exentas de contradicciones. Es indispensable luchar para otorgar a los esfuerzos de integración un carácter social y un mayor espíritu de solidaridad. Es esencial que la clase trabajadora tenga un protagonismo más relevante en las luchas nacionales y en los movimientos de cambio que ya están en curso.

Esto nos remite a la necesidad de integración de las luchas y de los movimientos sociales. Este Encuentro Sindical Nuestra América, que a mi modo de ver reúne lo que hay de más avanzado, clasista y revolucionario en el sindicalismo americano, puede ser un paso importante en esta dirección. El desafío es grande, dadas las inmensas dificultades con que nos deparamos hoy, pero es preciso enfrentarlas.

El imperialismo viene sufriendo derrotas políticas significativas. La hegemonía del imperialismo estadounidense está en crisis, debilitada por el parasitismo y por el desarrollo desigual, que conforme notaba Lenin constituyen dos leyes del desarrollo de las naciones bajo el imperialismo. La caída del dólar, la valorización del **dólar** y la ascensión de China son síntomas y reflejos de la actuación de estas dos leyes que promueven la decadencia de EUA.

Todavía, el imperialismo no está muerto y reacciona con violencia para recomponer su hegemonía. Acontecimientos recientes, de los cuales cabe destacar la violación del territorio ecuatoriano por parte de Colombia y las iniciativas separatistas en Bolivia, indican al imperialismo, en alianza con las fuerzas conservadoras locales, busca crear condiciones para lanzar una contra ofensiva. Los golpes de abril (en 2002 en Venezuela) revelan hasta donde los imperialistas quieren y pueden ir. El neoliberalismo también no fue definitivamente derrotado.

Es necesario ampliar la movilización y concientización de las masas trabajadoras para luchar, al lado de otras fuerzas progresistas, por dos objetivos interligados: derrotar la reacción neoliberal e impulsar acciones transformadoras. La lucha en el plano ideológico, por la conquista de los corazones y mentes de la clase trabajadora y la elevación de la conciencia social, no es algo fácil y simple, principalmente cuando tenemos en mente la fuerza y la influencia de los medios masivos de comunicación capitalista, que juegan en sentido contrario.

Los trabajadores y trabajadoras deben asumir la dirección de la lucha por la conquista de la soberanía efectiva, contra el imperialismo y el neoliberalismo, lucha que tiene un carácter nacional y debe involucrar otros sectores de la sociedad. El proceso de cambio sólo avanzará y consolidará su sentido progresista, abriendo camino a la valorización del trabajo y al socialismo del siglo XXI, si logramos aumentar el protagonismo de la clase trabajadora en las luchas políticas nacionales y en el conjunto de Latinoamérica. He aquí el gran desafío del movimiento y de los partidos y organizaciones progresistas.

Muchas gracias.

